

El Mundo de las Aventuras

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

→ Año I. ♦ Núm. 6 ←

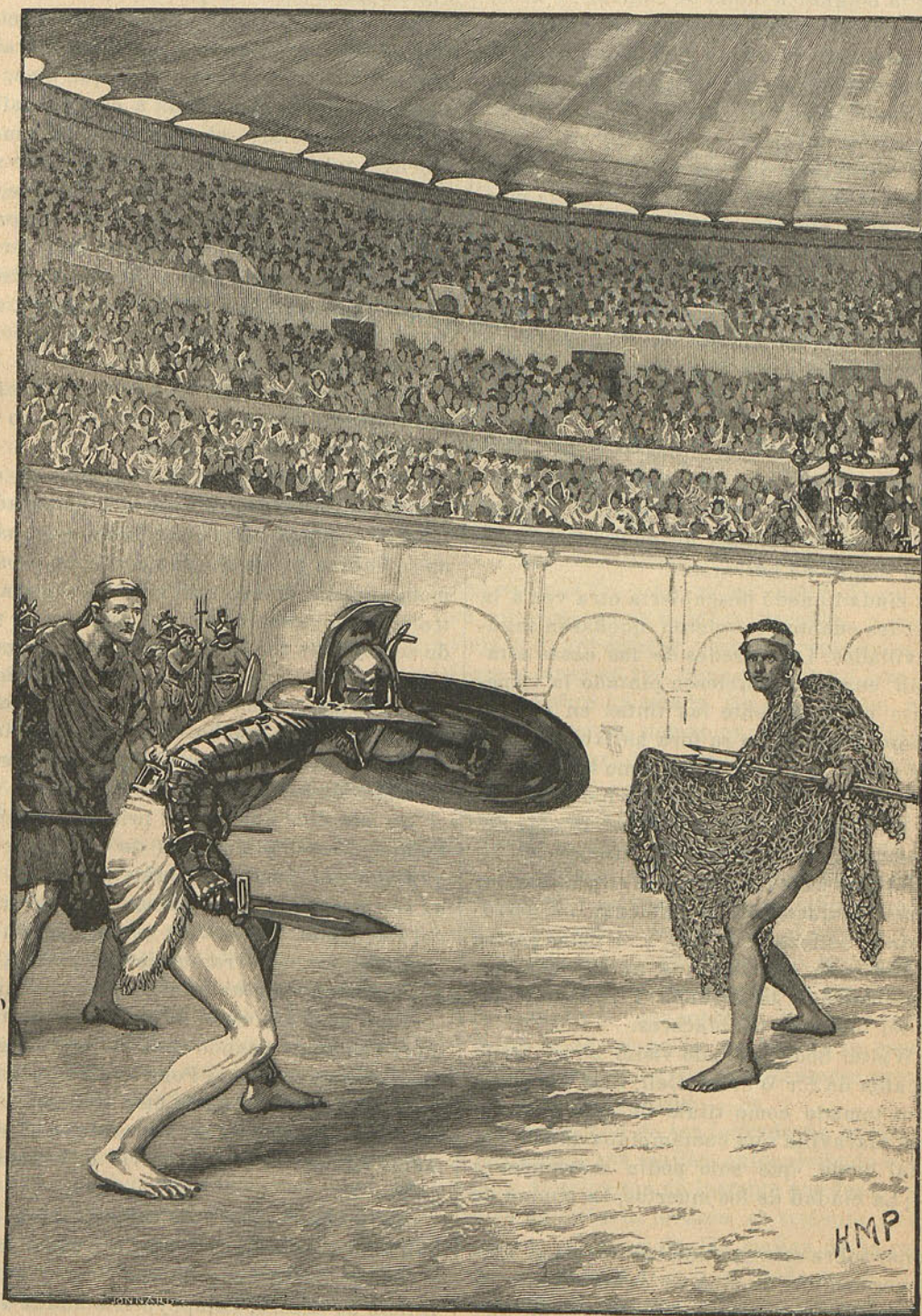
ESPAÑA
Un año (con la novela).. 12'50 ptas.
Un semestre .. 6'50 ..
Número suelto .. 0'25 ..

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, noviembre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 6.º
de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela). . 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
Un año (con la novela). 18 ptas.



POMPEYA.—Escena en el anfiteatro

SUMARIO

Pompeya.—Guerra á muerte (*continuación*).—La caza del bisonte.—Terrible situación.—Variedades.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

POMPEYA

DESTRUÍDA EL 24 DE AGOSTO DEL AÑO 79 (A. J.) POR
LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

A orillas de la magnífica bahía de Nápoles, y asentada sobre una colina, ó más bien sobre una meseta cuyos lados se prolongan en suave pendiente hacia el mar, perdiéndose después en los campos de la Campania, elevábase una ciudad, visitada por cuantos viajeros recorrían aquellos parajes.

De todas las maravillas que en aquella extensión de costa se encontraban, costa que es tal vez la más hermosa del mundo, ninguna tenía tanto atractivo como esa ciudad, ni Caprí con sus grutas, ni el Vesubio con sus cráteres y sus columnas de humo; y, sin embargo, nadie se detiene hoy allí. En sus calles no hay movimiento alguno; en sus templos reina el silencio y la soledad, y en ninguna parte se encuentran señales de vida.

Esa ciudad es Pompeya.

Durante cerca de diez y siete siglos, Pompeya durmió bajo una tumba de polvo y de cenizas. Su destrucción fué tan repentina y la muerte sorprendió á todos tan de improviso, que las señales de su existencia no tuvieron ni aun tiempo de borrarse.

En 1750, la ciudad quedó descubierta otra vez á la luz del sol, y todos cuantos la vieron quedaron seguramente maravillados. Las paredes de las casas estaban frescas aún, cual si se hubiesen pintado la vispera; reconocíanse perfectamente las tintas en el rico mosaico de los pavimentos; en su foro hallábanse aún las columnas á medio concluir, tales como las dejaran los operarios; en sus jardines estaba la trípode de los sacrificios; en las habitaciones reservadas, la caja del tesoro; en los teatros, el despacho de billetes; en los salones, el mobiliario y las lámparas; en el triclinio, los restos del último banquete; en la cubícula, los perfumes y afeites de la belleza marchita, y en todas partes huesos y esqueletos de aquellos que un día comunicaron vida y animación á la pequeña y graciosa ciudad, emporio del lujo y de los placeres.

Bien pudo Walter Scott, cuando visitó aquel triste lugar en compañía de Sir William Gell, usar las palabras que hemos tomado como título de esta historia. La melancólica maravilla que contemplaba hizole enmudecer de tal modo, que sólo podía murmurar á intervalos: —¡La ciudad de los muertos, la ciudad de los muertos!

Al reflexionar sobre esta extraña resurrección, evocamos dos recuerdos: uno de ellos es aquel cuento de niños titulado *La hermosa encantada*, que, según dice la leyenda, estuvo encerrada y dormida en un palacio

durante un siglo, en cuyo tiempo obstruyéronse todas las entradas, mientras que la yedra y la maleza, invadiendo todo el edificio, ocultóle á la vista de los vivientes.

Esto supone la vida paralizada de momento y conservada sin ningún cambio, mientras que el resto del mundo continúa su marcha como antes, desplegando cada vez mayor actividad. Esta fábula, inventada para seducir la imaginación de los niños, convirtiéndose en una realidad en Pompeya, en 1750, para asombro y maravilla de los hombres; pero si la ciudad despertó una vez más, los seres humanos que la habitaban no eran ya más que huesos desecados.

El segundo recuerdo nos conduce más directamente á la calamidad misma que vamos á describir. Un brillante escritor, al hablar de la indiferencia con que la humanidad parece acostumbrarse á mirar la muerte, toma un ejemplo en apoyo de lo que dice, y este ejemplo es Pompeya, trasladada á otro hemisferio. «Todos hemos oído hablar,—escribe,—de las ciudades de la América del Sur, erigidas en el flanco de montañas temibles por sus volcanes, y sabido es que, á pesar del peligro, los habitantes no hacen el menor aprecio de tan mortales condiciones. Allí se dan serenatas, célebranse banquetes, y hay bailes y diversiones, mientras que las entrañas del volcán rugen, amenazando con una destrucción inminente á los que sólo piensan en sus placeres y pasatiempos.»

Esto es una verdad. La apatía de los hombres, tan gráficamente descrita aquí, es un hecho bastante conocido y familiar para todos.

De ello fué una prueba Pompeya en el año 79 de gracia, segundo del reinado del emperador Tito. En febrero de dicho año, estación en que hasta entonces no se habían conocido erupciones, un espantable terremoto anunció que se aproximaba alguna gran catástrofe; y tan violento fué, que aun en la tierra propia de semejantes fenómenos se creyó digno de que los historiadores hicieran mención de él. Tácito le cita en sus escritos, y Séneca recuerda no solamente que Pompeya sufrió mucho, sino que también Herculano quedó casides truída por el terremoto, con muchas más ciudades de la Campania.

Se nos dice que en un principio los habitantes de Pompeya estaban poseídos de la mayor inquietud, y que teniendo presente algún tiempo la inestabilidad de sus posesiones, vacilaron en reparar los estragos del terremoto. Tal era su terror, según parece, que muchos andaban errantes de una parte á otra, con sus facultades intelectuales algo perturbadas.

Pero poco á poco el terror se desvaneció, renaciendo la confianza cuando cesaron los peligros inmediatos. Los habitantes de Pompeya comenzaron á reconstruir sus casas, poniendo otra vez en pie las columnas rotas; y el trabajo de restauración se efectuaba alegremente cuando la ciudad sufrió el último y espantoso golpe.

La mañana del 24 de agosto amaneció tranquila, hallándose todo en su estado normal en la pequeña ciudad (aunque honrada por Séneca y Tácito con el epíteto de *célebre*, Pompeya era ciudad de insignificancia comparativa, y el calificativo se aplicaba más bien

por el número de romanos ricos que iban á pasar allí los días de fiesta), aunque notábase el movimiento inusitado que anuncia la fiesta. Celebrábase función en el anfiteatro y acudía mucha gente de los alrededores.

Aunque era muy temprano, las puertas de la ciudad estaban abiertas ya; veíanse llegar numerosos jinetes y vehículos, seguidos de compactos grupos; hombres y mujeres lucían sus trajes de gala; las calles estaban llenas de ciudadanos, y entre ellos circulaban muchos extranjeros, llegados de los populosos alrededores de Pompeya. En fin, todo era vida y movimiento en aquella ciudad amenazada de una destrucción completa.

Y, sin embargo, no había temor alguno. Ciertamente durante algunos días antes habíanse experimentado fuertes sacudidas del suelo en toda la Campania; pero semejante hecho era demasiado común para que se hiciera aprecio de él. Decíase igualmente que una persona notable de Pompeya había sido herida de muerte por «una piedra caída del cielo,» aunque otros aseguraban que fué por un rayo, desprendido de la celeste bóveda cuando ésta presentaba el aspecto más sereno; pero la historia no se confirmó. De todos modos, en la mañana de que hablamos, la atmósfera estaba tranquila, más que de costumbre, y en todas las depresiones de la accidentada campiña observábase una ligera niebla; los pescadores notaron en el mar que, á pesar de la calma, las olas estaban agitadas y algo turbulentas, pareciendo que se retirasen apresuradamente de la orilla; y, por último, el azulado Arno, en otro tiempo magnífico río, y hoy reducido á un mísero torrente, desagüábase aquel día en el mar produciendo un murmullo extraño muy diferente del que se tenía costumbre de oír. Sin embargo, estos detalles no se dieron hasta después del acontecimiento, y la verdad es que nadie temía nada.

Las magníficas torres, los tejados rojos, los arcos, con sus ricas columnas y los mástiles de las galeras en el puerto, destacábanse soberbios sobre la llanura de Campania.

Allá á lo lejos se divisaba una línea de montañas y el soberbio Vesubio, habiendo desaparecido de la cima de éste la nube oscura que se viera durante una semana antes. Sobre su elevado pico, el aire era azulado y transparente.

Imaginemos por un instante que estamos entre la apiñada multitud que llena las gradas del anfiteatro para ver la lucha de los gladiadores.

Por el ancho pavimento de mármol de la plaza se ven pasar magistrados, esclavos, visitantes, que llegan de Roma, ricas matronas y hermosas damas, todas ellas ávidas de ver el sangriento espectáculo.

Muy pronto se llena el vasto círculo, pues el anfiteatro de Pompeya era enorme, atendida la pequeñez de la ciudad. En las gradas superiores está el bello sexo, ostentando sus galas, y, al parecer, ansioso de que comience pronto la función; más cerca de la arena hállanse los magistrados, con sus túnicas de color de púrpura, rodeados de los senadores ó de los que tienen la importancia de tales en una ciudad provincial; y detrás se ven hombres de armas y jóvenes nobles, que hablan animadamente sobre el resultado de las luchas. Alrededor del parapeto levantado sobre la

arena veíanse inscripciones referentes á los gladiadores, pinturas al fresco y otros adornos alusivos al espectáculo que allí se representaba. Alrededor de todo el circo corrían tubos invisibles, destinados á lanzar el agua al aire de vez en cuando para refrescar la atmósfera. Un inmenso toldo preservaba á los espectadores de los ardientes rayos del sol, y debajo de él oíase un murmullo incesante, sin duda porque la función debía tener mucha importancia.

Sin embargo, al fin resuena un clarín, restablécese el silencio, y un toque de trompetas anuncia la entrada de los gladiadores en la arena. Un momento después se les ve salir formados, luciendo cada cual su traje y brillantes armas, y dan la vuelta lentamente alrededor de la arena, á fin de que el público pueda formar concepto de sus fornidos músculos y buenas formas.

Terminada la vuelta, los gladiadores se detienen para hacer el saludo de costumbre ante el magistrado principal, y retíranse con el mismo paso.

A los pocos minutos comienzan las luchas: al principio son simples juegos para demostrar cada cual su destreza; mas esto no gusta mucho. Los espectadores quieren un duelo formal: necesitan sangre para que se excite aquella tumultuosa multitud, y sangre necesitan también, así el severo Pretor que ocupa la presidencia, como las bellas damas que llenan las galerías superiores. Muy pronto deben quedar complacidos.

Dos gladiadores salen á la arena. El uno lleva casco y espada ancha y corta; el otro, con la cabeza descubierta, tiene por únicas armas un tridente y una red. Colócanse á cierta distancia uno de otro y dase la señal. Durante un momento permanecen silenciosos, mirándose con la mayor atención; después muévense lentamente uno alrededor del otro, hasta que al fin el del casco se aproxima. El otro espera con su red recogida en la mano derecha, y no pierde de vista á su adversario; pero de pronto salta hacia adelante y lanza su red como si fuera un lazo.

El hombre ha estado, sin duda, torpe, pues el de la espada ha tenido tiempo para dar un salto hacia atrás, evitando así quedar cogido. Entonces el *retiarius*, es decir, el de la red, corre para salvar su vida, perseguido por su contrario, ó sea el *secutor*, y ambos dan la vuelta al circo, pasando por delante de la presidencia. El *retiarius* va recogiendo su red al mismo tiempo que corre y preparándola de nuevo para lanzarla, porque su muerte es segura si el *secutor* le da alcance.

Aunque la tiene preparada ya, prosigue su carrera, porque su perseguidor, cuyos pies son muy ligeros, parece á punto de caer sobre él. Tal es su ímpetu, que, al ir á descargar el golpe mortal con su espada, resbálase, tropieza, cae y quiere levantarse presuroso; pero ya es demasiado tarde.

La red acaba de ser lanzada de nuevo, y esta vez le coge entre sus mallas, entorpeciendo sus movimientos. En vano pugna un instante por desasirse, mientras que su adversario levanta el tridente y clávasele en el pecho. A través de las mallas de la red la sangre brota al punto, y el *secutor* rueda por la arena, levantando las manos para implorar merced de los espectadores.

No hay misericordia. El pueblo, cansado de aquella lucha de tan pocos incidentes, quiere ver sangre y más sangre, y todos levantan las manos con los pulgares hacia adentro, que es la señal de muerte.

El *retiarius* se adelanta entonces para cumplir con la voluntad del pueblo, y la víctima inclina la cabeza para sufrir su suerte. El tridente brilla en el aire un momento y vuelve á hundirse en el cuerpo del infeliz, que muy pronto no es ya sino un cadáver.

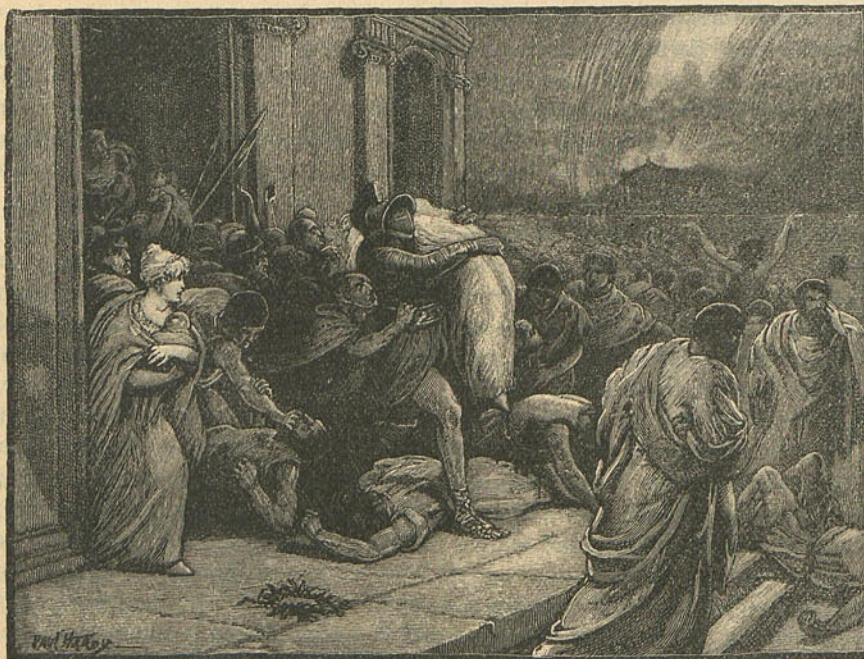
Tal era el espectáculo que aquella multitud deseaba tanto presenciar. Después siguiéronse otras luchas, y aun el pueblo no se cansaba de matanza. La arena se había enrojecido; el aire era sofocante: la catástrofe se acercaba.

De repente, una mujer que estaba en la galería su-

»Dentro de un instante, la nube de la montaña cruzaría hasta ellos rápida y oscura, impetuosa como un torrente. Así sucedió, en efecto, y de sus entrañas desprendióse una lluvia de cenizas mezclada con fragmentos de piedra candente, lluvia espantosa y horrible, que muy pronto cubrió la campiña, las desoladas calles, el anfiteatro y hasta una parte de la superficie del mar.

»Todos querían huir cuanto antes, todos se atropellaban y oprimían entre sí, y hubiérase dicho que faltaba el espacio para aquella multitud ciega. Sobre los que caían pasaban los otros, y oíanse sin cesar gritos de agonía, imprecaciones y gemidos.

»Pero ¿á dónde huir? Algunos, temiendo un segundo terremoto, corrieron á sus casas para recoger sus



Escapando de Pompeya

perior profirió un agudo grito: era una joven que en pie y con expresión de espanto señalaba á un punto distante.

—¡La montaña! ¡La montaña!—gritaba.

Todos miraron y no tardaron en comprender: la muerte se acercaba.

En la cima del Vesubio veíase una inmensa nube que elevándose por los aires extendíase y parecía avanzar en dirección á Pompeya: no debía estar muy lejos, pues muy pronto se cernió sobre la ciudad la primera sombra.

Los espectadores del circo pusiéronse al punto en pie y comenzaron á salir en confusión atropelladamente, abriéndose paso por todas las puertas; pero dejemos aquí la palabra á Lytton, cuya descripción es tan gráfica como interesante.

«Entonces elevóse un confuso clamoreo, en el que predominaban los gritos angustiosos de las mujeres; los hombres se miraban unos á otros, mudos de espanto, pues en aquel momento sentían la tierra temblar bajo sus pies; las paredes del circo se movían, y á lo lejos oíanse crujir las casas.

joyas y cuanto tuviesen de valor, á fin de escapar si era posible. Los otros, al ver caer la lluvia de cenizas como un torrente en las calles, resguardáronse bajo los techos de las casas más próximas, de los templos ó cobertizos; pero la nube se extendió cada vez más, inmensa y amenazadora, y hubiérase dicho que la misma Noche invadía la región de las Tinieblas.

»Parece que los habitantes tuvieron tiempo para escapar del anfiteatro; pues, aunque en aquella ocasión estaba completamente lleno de espectadores al ocurrir la catástrofe, las excavaciones practicadas sólo sacaron á luz tres ó cuatro esqueletos, sin duda los de los gladiadores, de quienes hemos hablado. Según los testimonios sacados á luz tantos siglos después, de aquel numeroso público que buscó refugio en las calles de Pompeya, ni una sola persona se salvó para referir el hecho.

»Pero, afortunadamente, un hombre, aunque situado lejos, en su quinta de Miseno, en el promontorio N. de la bahía, pudo observar la espantosa catástrofe, y nos ha dejado la historia de lo que vió en cartas tan vívidas como los frescos restaurados de las paredes de

Pompeya. Me refiero á Plinio *el Joven*; y antes de proseguir la historia que las excavaciones descubrieron, veamos lo que dice:

Carta I de Plinio "el Joven" á Tácito "el Historiador"

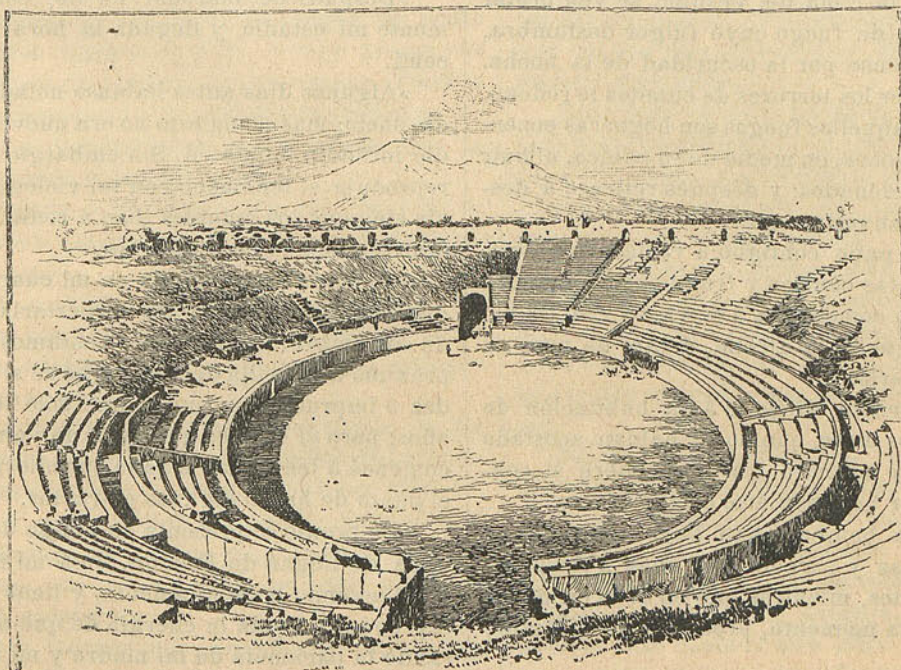
«Cayo Plinio á su amigo Tácito: salud.

»Deseáis que escriba el relato de la muerte de mi tío, á fin de que os sea dado hacer una reseña más fiel para la posteridad. Os doy las gracias, pues no se me oculta que su triste fin, conmemorado por vos, dejará un recuerdo imperecedero. Aunque cayó en las ruinas del más hermoso país, como tantos otros, y por una calamidad tan memorable que nunca se podrá olvidar y aunque fuera autor de obras tan duraderas, su fama

pues asemejándose al principio á un tronco de prodigiosa altura, extendióse después en ramas separadas, sin duda porque, elevado al principio por la brisa y abandonado después por ella, ó tal vez casi vencido por su propio peso, alejándose lateralmente. Unas veces presentaba el color blanco y otras tenía manchas oscuras, según que llevaba tierra ó cenizas.

»A mi tío, siempre deseoso de aprender, parecióle esto un fenómeno muy notable, digno de observarse de cerca, y de consiguiente mandó preparar una galera y dióme permiso para acompañarle, si tal deseaba. Yo contesté que prefería continuar mis estudios, y no me moví.

»Cuando iba á salir de casa, entregáronle una carta de Bectina, la mujer de Cesio Baso, que en su angustia ante la inminencia del peligro, pues su quinta



Ruinas del anfiteatro

no podrá menos de realzarse por la perpetuidad de vuestros escritos.

»En cuanto á mi, considero felices á aquellos que por gracia de los dioses les fué dado hacer cosas que vale la pena escribir, ó escribir lo que es digno de leerse; pero más dichosos son los que están dotados para una cosa y otra. Entre los últimos figurará mi tío, así por la virtud de sus propias producciones como la de las vuestras, y por eso me complace más cumplir con el encargo que me dais.

»Mi tío estaba en Miseno al frente de sus galeras. El 24 de agosto, á eso de la una de la tarde, mi madre le llamó la atención, señalándole la presencia de una nube de inusitadas dimensiones y extraña forma. Había tomado poco antes mi baño, y estaba leyendo, cuando se le hizo notar el hecho; púsose los zapatos y subió á un sitio desde donde se podía observar mejor.

»Efectivamente: veíase una nube que se elevaba por los aires; pero desde aquella distancia no era posible asegurar de qué montaña partía. Luego se supo que era del Vesubio. Un pino daría en mi concepto la más exacta idea del aspecto y forma de dicha nube,

estaba más abajo que la nuestra y solamente se podía escapar por agua, rogaba á mi tío que la librase de aquel grave apuro. Esto indujo á mi tío á modificar su plan, y habiendo marchado con muchos ánimos terminó su aventura como un héroe.

»Iba á bordo de una de sus galeras no solamente con intención de prestar auxilio á Bectina, sino también á todos aquellos á quienes había atraído el encanto de aquella deliciosa costa; y avanzó rápidamente siguiendo la dirección en que otros huían, cual si buscara el peligro, tan ajeno al temor, que pudo observar detenidamente todas las fases y formas de aquel terrible portento.

»Por entonces las cenizas caían en el barrio, más caldeadas y espesas cuanto más avanzaba éste, y con ellas se mezclaban fragmentos de pómez y otras piedras ennegrecidas y agrietadas por el fuego.

»Mi tío vaciló un instante, dudando sobre si debería avanzar ó retroceder; pero volviéndose por último hacia el piloto exclamó, al fin:

»—La fortuna favorece á los hombres valerosos. ¡Vamos en busca de Pomponiano!

»Ahora bien: este personaje habitaba en un pueblecillo situado á bastante distancia de la costa, y allí, aunque el peligro no estuviese próximo aun, era evidente que pronto les alcanzaría; de manera que Pomponiano había recogido todos sus efectos con la intención de huir cuando el viento cambiase.

»Mi tío, que había aprovechado el que entonces reinaba, porque le era favorable, no tarda en llegar á la casa de Pomponiano, abraza á su atemorizado amigo, consuélele, y, á fin de infundirle confianza, tanto á él como á los otros, por el ejemplo de su propia tranquilidad, pregunta dónde está la sala de baños, toma el de costumbre, siéntase después á la mesa y come con la mayor serenidad, ó, lo que no es menos heroico, apartando tenerla.

»Entretanto, en la cima del Vesubio se ven brotar llamas y columnas de fuego cuyo fulgor deslumbra, pareciendo más intenso por la oscuridad de la noche.

»Para desvanecer los terrores de cuantos le rodean, mi tío les dice que aquellos fuegos son hogueras encendidas por los muchachos, en medio de su pánico, al huir de los pueblos abandonados; y después retírase á descansar y duerme tranquilamente.

»No obstante, el patio contiguo á varias habitaciones contenía ya tantas cenizas y fragmentos de piedra pómez, que su suelo comenzaba á elevarse, y mi tío vió que si no salía pronto de su alcoba, dentro de poco no le sería posible hacerlo.

»En su consecuencia, dirígese á la habitación de Pomponiano y de los otros, que no se habían acostado en toda la noche, y consultó con ellos sobre si convendría permanecer bajo cubierto ó salir afuera.

»Las paredes se bamboleaban bajo reiteradas y tremendas sacudidas y parecía que iban á desprenderse de sus cimientos, mientras que en el exterior las piedras caían á cada momento, produciendo indecible espanto.

»Sin embargo, al comparar los dos peligros, juzgóse que este último era el menor: así lo pensó mi tío, y aceptóse su consejo. Todos se cubrieron la cabeza con almohadas, sujetándolas al cuerpo, y un momento después salieron á la calle.

»En otras partes era de día, pero allí reinaban las más densas tinieblas, la más oscura noche, aunque de vez en cuando terribles resplandores iluminaban los objetos. Se resolvió ir á la orilla del mar para ver si era posible escapar por allí; pero á primera vista reconocióse, por el trastorno y agitación de las olas, que sería una temeridad intentarlo siquiera.

»Mi tío se echó sobre una vela, pidió un poco de agua fría y bebióla con ansia. Las llamas y las cenizas, que exhalaban un marcado olor de azufre, pusieron en fuga á los demás. Con ayuda de dos jóvenes esclavos que le acompañaban, mi tío pudo ponerse en pie, pero los densos vapores le asfixiaron y la vida se extinguió en aquel cuerpo.

»A la mañana siguiente encontróse el cuerpo completamente ileso, con su traje intacto, y tan natural, que más bien parecía el de un hombre dormido.

»Mi madre y yo estamos en Miseno...; pero esto no tiene nada que ver con la historia que deseabais sobre el fin de mi tío, y por lo tanto haré aquí punto. Debo

añadir, no obstante, que he referido todo cuanto ví, así como aquello que tuve conocimiento por personas dignas de fe. Podéis elegir lo que os plazca, pues una epístola no es una historia: una cosa es escribir para un amigo, y otra hacerlo para el mundo.»

Carta II de Plinio á Tácito

»Plinio á su amigo Cornelio Tácito: salud.

»Decís que la carta que os escribí en cumplimiento de vuestros deseos para daros cuenta de la muerte de mi tío ha despertado en vos la curiosidad de conocer mis aventuras en Miseno después de morir mi querido pariente. Me estremece recordar los detalles, mas voy á complacerlos.

»Después de marchar mi tío, continué tranquilamente mi estudio, y llegada la hora tomé el baño y comí.

»Algunos días antes habíase notado una oscilación del suelo; mas como esto no era nuevo en el país, á nadie infundió inquietud. Sin embargo, aquella noche se reprodujo el fenómeno con tal violencia, que no parecía sino que los muebles iban á rodar por tierra, atendido lo mucho que se movían.

»Mi madre se precipita en mi cuarto, cuando yo me disponía á ir al suyo para despertarla, si dormía, como de costumbre. Entonces nos sentamos en el patio, muy próximo á la orilla del mar, y no sé si llamarlo intrepidez ó imprudencia, puesto que sólo tengo diez y ocho años; pero el caso es que pedí un volumen de Livio y comencé á leer como si nada sucediera, llegando hasta el punto de hacer algunos extractos.

»De pronto se presenta un amigo de mi tío que acababa de llegar de España. Ve á mi madre sentada y á mí leyendo tranquilamente, y lleno de asombro nos reprende con toda la energía de que era capaz, censurando la paciencia de mi madre y mi apatía.

»Eran las cinco de la mañana, poco más ó menos, pero apenas había luz. Como las paredes oscilaban siempre, debía temerse que cayeran, en el momento menos pensado, sobre nosotros, pues el patio era muy estrecho; y, en su consecuencia, resolvimos salir de la ciudad. La mayoría de los habitantes nos siguieron, poseídos del mayor pánico, tomándonos por guías, pues hallábanse tan aturdidos que no sabían á dónde dirigirse.

»Apenas nos hallamos en despoblado, mi madre se detiene, y con ella todos los demás. Los vehículos que habíamos mandado sacar de la casa, aunque estaban en terreno llano, movíanse de un lado á otro, y no se podía retenerlos ni aun poniendo piedras debajo de las ruedas. El mar parecía espantado también, pues las olas retrocedían á nuestros ojos, como ansiosas de huir de aquella tierra abrasada. Era evidente que la línea de la costa había invadido las aguas, y, sin duda, muchos de los seres que habitan el mar hallábanse en aquel momento cautivos en las ardientes arenas.

»Tierra adentro, veíase una negra y horrible nube flanqueada de llamas y resplandores que dejaba á su paso un rastro de fuego.

»Nuestro amigo de España parecía ansioso por salvarnos.

»—Si vuestro hermano está vivo aún,—dijo á mi madre,—su mayor deseo será veros libre de este peligro: si ha muerto, debéis sobrevivirle, y es preciso no vacilar tanto.

»Mi madre contestó que no trataría de huir hasta que supiera cuál había sido la suerte de su hermano.

»Poco después de esto, la nube de que antes hablé comienza á descender y extiéndose sobre el mar: ya nos había ocultado á Capri y no veíamos tampoco el promontorio de Miseno. Mi madre comenzó á orar, y suplicóme que huyera, diciéndome que yo era un joven de porvenir, mientras que ella, gastada por la edad y los achaques, moriría tranquila si me veía fuera de peligro.

»Contesté que no quería salvarme sino con ella, y cogiéndola de la mano hicela avanzar más de prisa. Mi madre obedeció con repugnancia porque no podía correr, como ella hubiera querido, y muy pronto nos alcanzó una lluvia de cenizas, aunque escasa. Volví la cabeza para mirar detrás de nosotros: una densa oscuridad parecía perseguirnos y extendiase por la campiña como un torrente devastador.

»—Separémonos á un lado,—dije yo,—pues de lo contrario vamos á quedar envueltos en medio de la oscuridad.

»Hízose así, y apenas nos hubimos sentado, la noche llegó sobre nosotros, no la oscuridad de una noche sin luna y sin estrellas, sino la de un lugar cerrado donde las luces se apagan.

»Entonces oyéronse los gritos de angustia de las mujeres, el llanto de los niños, los gemidos de los hombres; unos llamaban á sus padres, otros á sus hijos ó á sus esposas; no pocos pedían la muerte, aterrados al ver á los que habían sucumbido ya, y algunos imploraban á los dioses, aunque, sin duda, en aquel momento dudaban de su existencia.

»No faltaron muchos que, justamente alarmados, exageraron el peligro. Asegurábase que una porción de Miseno se había derrumbado y que otra se hallaba convertida en un mar de llamas.

»Al poco tiempo vióse un resplandor, mas no era el de la luz del día, sino del fuego que parecía aproximarse. Por fortuna, no llegó hasta nosotros. Siguióse otra vez la oscuridad y cayó otra lluvia de cenizas. Fué preciso sacudírnoslas de encima repetidas veces para no quedar sepultados debajo de ellas; mas puedo enorgullecerme de que en medio de todos aquellos peligros no se escapó de mis labios la menor queja ni lamento. Tal vez la convicción de que yo sucumbía con todo cuanto me rodeaba en aquel instante me sirvió de consuelo en aquella dolorosa tribulación.

»Al fin, la oscuridad se aclaró un poco, y de ella vimos desprenderse una especie de humo semejante á una niebla. Poco después brilló la verdadera luz del día, y también el sol, aunque débilmente, como si hubiera un eclipse. Nuestros ojos, asombrados, vieron las cosas completamente cambiadas: todas cubiertas de una espesa capa de cenizas. Entonces nos dirigimos á Miseno para descansar un poco, y allí pasamos la noche, fluctuando entre la incertidumbre y el temor, porque las sacudidas continuaban y el espanto predominaba siempre, haciéndose por unos y otros las más

espantosas predicciones. A pesar de todo, y en medio de tanto horror, no queríamos alejarnos de allí otra vez hasta saber el paradero de mi tío.

»Todo esto, que no tiene la importancia de una historia, lo he escrito para que lo leáis, no para escribir sobre ello; y si no os parece ni siquiera digno de una carta, vuestra es la culpa, puesto que os empeñasteis en obtener los datos que han servido de asunto. Adiós.»

Tal es el relato que se ha conservado hasta nosotros.

Veamos ahora cuál fué la suerte de la multitud que dejamos dispersándose después de salir aterrada del anfiteatro. Si las dos cartas anteriores contienen detalles exactos, y si el terrible fenómeno alcanzó á Miseno y á algún otro punto comparativamente distantes del lugar de la erupción, ¿qué sería de Pompeya, que estaba tan próxima, y también de Herculano, situada muy cerca?

Herculano se halla ahora en algunas partes sepultada á una profundidad de cien pies ó más debajo de un mar de lava, que entonces corrió por sus calles; y Pompeya sucumbió más lentamente, pero no fué menos inevitable su destrucción.

Las lluvias de cenizas irían seguidas de otras de cieno, que penetró donde aquellas no podían introducirse. Una cosa y otra, juntamente con las sacudidas de la tierra, llevaron á cabo la obra destructora, y así se explica el cuadro que las excavaciones permitieron ver.

Muchos de los habitantes, viendo solamente la primera lluvia de cenizas y pensando escapar de ella, debieron refugiarse en las cuevas ó sótanos de sus casas; mas allí les sorprendió el cieno, que taparía todas las salidas, y, aun sin esto, habrían perecido por sofocación ó bien de hambre, no siéndoles posible abrirse paso hasta el aire libre á través de la masa que sepultó su lugar de refugio.

Así se explica que en la casa de Diomedes, inmediata á la ciudad, excavada y descubierta en 1775, se encontraron los huesos de veintitrés personas, las más de ellas mujeres, cubiertas de un polvo de cenizas muy fino. En los esqueletos halláronse varios adornos, como brazaletes y pendientes.

De la suerte que sufrió Diomedes, el dueño de la quinta, han hablado algunos de los que visitaron las ruinas de Pompeya, pero guiándose solamente por su caprichosa fantasía. Su esqueleto se encontró junto á la puerta del jardín, oprimiendo con una mano la llave de aquélla. En un dedo conservaba un anillo que figuraba una serpiente. A su lado vióse también un saco lleno de monedas de oro, y no lejos de allí, detrás de un montón de vasos de plata, el esqueleto de un muchacho, seguramente esclavo. Todo esto indica claramente el proyecto de Diomedes de abandonar á su familia y huir, revelando igualmente bien á las claras que se había retardado por el afán de recoger sus tesoros, y que ya no pudo escapar.

Aun fué el destino más cruel para otros. ¿Qué diremos de este caso? En una tienda, junto á los Baños Viejos, descubriéronse los esqueletos de un hombre y de una mujer jóvenes (su edad se podía reconocer por

la blancura y buena conservación de los dientes) estrechamente abrazados.

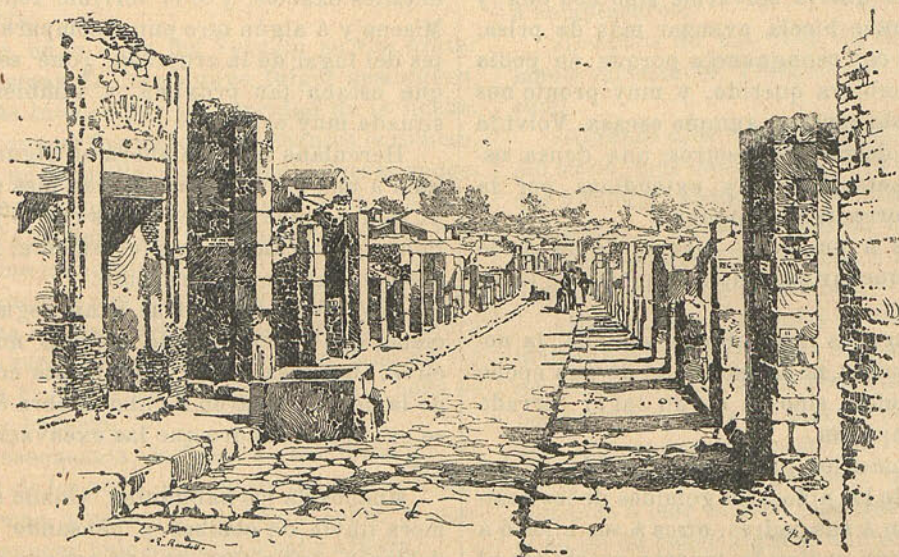
En un cuartel se encontraron, en un gran cajón, varios huesos de la pierna; y en varios de los calabozos, un esqueleto en cada uno: seguramente de los que sufrieron algún castigo.

Hé aquí un grupo que la fantasía de algunos hombres ha querido interpretar noblemente: en una especie de garita hallóse un esqueleto humano que todavía empuñaba una lanza, y se conjeturó que sería el de un centinela romano, el cual prefirió morir en su puesto, antes que abandonarle en medio del pánico universal.

pasaban apresuradamente para reforzar las columnas volantes que operaban en el litoral, ora acampaban en los alrededores de la ciudad, en las últimas vertientes de la Hilaria.

El campamento atrajo á esos industrialillos y mercaderes al por menor que siguen siempre á los ejércitos, y creó una animación ficticia que sirvió de elemento de curiosidad á los habitantes de Puerto Cabello, á los hacenderos de las cercanías y aun á algunos grupos de indios refugiados en los vastos bosques de las vecinas sierras.

Mañana y tarde, en el momento en que la brisa del mar templaba el calor bochornoso, el campamento se



Una calle de Pompeya

Tal fué la desgraciada suerte de Pompeya, la *Ciudad de los Muertos*.

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

CAPÍTULO V

LOS DESTERRADOS

A los dos días de su llegada, partió de Puerto Cabello el capitán Portalegre para dirigirse á Caracas y transmitir las instrucciones de Morillo al brigadier gobernador de dicha plaza. Sea que no tuviese la confianza que antes en sus pretensiones matrimoniales, sea que Inés hubiese enfriado su ardor con una reserva que no se esperaba, ello es que el joven capitán no se mostraba ya tan seguro, y se le veía mohino y taciturno en vez de aparecer tan arrogante como en un principio.

Durante muchos días convirtiéndose Puerto Cabello en centro de una importante reunión de tropas que ora

convertía en punto de cita neutral, donde se cruzaban y hablaban casi amistosamente soldados y criollos. Bajo el cielo constantemente azul, delante del mar inmenso y de la montaña de osamenta colosal, los colonos se sentían más á sus anchas, menos vigilados que en la ciudad. Aparte de esto, allí era donde se recibían las noticias y donde estaba permitido comentarlas con cierta libertad de apreciación.

Entre los *parroquianos* del campamento se notaba al *Sandio*, á Tito y á Diego Ramírez, viejo vaquero conocido desde largo tiempo en la capitania general de Caracas, sin que nadie pudiese decir qué edad tenía. Para él, no parecía existir el pasado. Las personas que le habían perdido de vista hacía diez, quince, veinte años, lo encontraban siempre el mismo. Su rostro atezado por el sol, sus cabellos grises y largos, sus ojos vivos y penetrantes le daban un aspecto fantástico que imponía á cuantos se le acercaban.

Su conocimiento de los simples, que cogía en las cumbres más escarpadas, en las selvas vírgenes, en los pantanos pestilenciales de la ribera ó en las altas yerbas de los llanos cuando guardaba manadas de bueyes por la parte de Valencia, le había valido una reputación legendaria en la que lo maravilloso desempeñaba principal papel. Todos le tenían por brujo, que podía, á voluntad, hacerse invisible, cruzar de una zancada las vastas llanuras y los ríos desbordados,

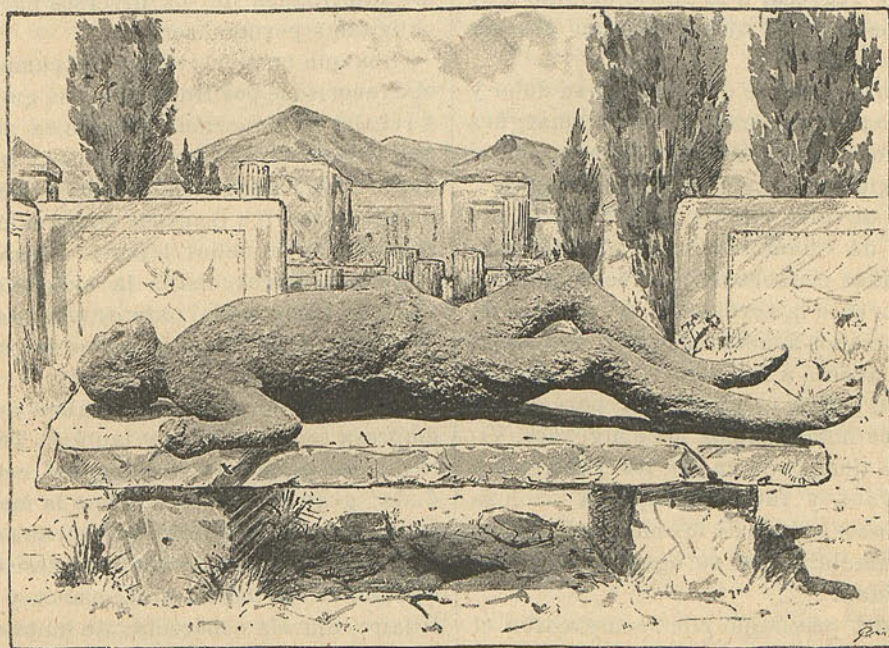
hechizar las serpientes venenosas, matar de una mirada á sus enemigos, y, sobre todo, leer en el porvenir. Era el héroe de una porción de historias, ó, mejor dicho, de cuentos sobrenaturales que encontraban ilimitado crédito en la mollera de los arrieros, peatones, cargueros, vaqueros, macheteros y, en una palabra, en todo el pueblo bajo que en la América Española recuerda al *lazzarone* napolitano. Los mismos indios le veneraban y le concedían casi tanto poder como al *Grande Espíritu*.

Diego Ramírez le quería mucho al *Sandio*. Entre estos dos seres cuya existencia, exenta de las contradicciones de la civilización, presentaba tantas semejanzas, había establecido una simpatía que nada se

debía atraer nuevos odios y proporcionar soldados á una causa casi perdida. El general convino en ello.

En cuanto al memorial de agravios presentado contra Valdés, el general no quiso escuchar nada. Defendió á su protegido con animación extraordinaria y exaltó sus méritos empleando las expresiones más lisonjeras.

—En fin, dejemos eso, M. Maugrin,—terminó diciendo,—porque si yo buscase qué clase de gentes se atrincheran detrás de vos para quejarse y atacar solapadamente á Valdés, me encontraría con calumniadores y traidores indignos de toda piedad. No pretendo que Valdés no pegue á veces con exceso; pero se ve obligado á ello por una fatal necesidad. Estamos



Restos pompeyanos

interrumpía ni alteraba, á pesar de las ausencias á menudo renovadas de uno ú otro. Menester era convenir que ciertas inmunidades de que gozaba el *Sandio* procedían de la intimidad que le atestiguaba el viejo Diego, mejor que de la protección que le concedía doña Inés de Ródenas. Para mucha gente, su locura triste y apacible abrigaba un fondo de ciencia oculta que debía á la experiencia y á las prácticas cabalísticas del vaquero.

Cumpliendo la promesa hecha á D. Jerónimo Bustamante, Santiago Maugrin había hablado á Rodénas (recientemente promovido al empleo de mariscal de campo) y obtenido de él algunas suavizaciones respecto al régimen tiránico que pesaba sobre los americanos. Sin ser derogado, el decreto que llamaba á las armas á todos los hombres válidos quedó aplazado, porque el convencional refirió al brigadier que, una vez ordenada la *leva*, colonos é indígenas huirían en masa á incorporarse á las partidas que todavía campaban por los llanos y que por de pronto parecían hallarse profundamente descorazonadas. Era preciso evitar á toda costa una medida, ó, mejor dicho, una torpeza que

rodeados de odios vivaces que nos estrechan, nos aprietan como las lianas que veis serpentear entre los árboles de nuestros bosques vírgenes y que acaban por ahogarlos bajo sus repliegues numerosos. Una negligencia de un instante, un abandono de algunos minutos causarían nuestra pérdida. La vigilancia de Valdés nos ha salvado siempre de graves peligros, y su habilidad los ha desbaratado á menudo antes de estallar. No me desprenderé yo de mi más activo centinela en el momento en que más arrecia el peligro.

Santiago Maugrin no insistió, proponiéndose volver á la carga en ocasión propicia. Aparte de esto, el general estaba excesivamente ocupado en la organización del cuerpo de ejército cuyo mando en jefe iba á tomar.

Aquella agitación incesante, aquellos preparativos de guerra, aquella atmósfera de sangre, la cólera sorda de los americanos, la brutalidad de la soldadesca y el odio por todas partes entristecían y cansaban al viejo convencional. Las luchas de su juventud, los gloriosos y terribles acontecimientos en que había tomado parte se borraban en la lontananza del pasado, y sólo aspiraba ahora al reposo. ¡Dar un poco de

calma á su vejez y morir en paz era todo su deseo!

Y por extraña irrisión del destino encontrábase arrojado en medio de las alteraciones de una guerra civil y obligado á asistir á sus horrores. ¡Ah! ¡Si Felipe hubiese consentido en permanecer en un rincón de tierra más tranquilo, más olvidado! Pero ¿debía exigir este sacrificio á la admirable abnegación de su hijo y separarlo para siempre de Inés, á quien amaba perdidamente, aunque no se lo hubiese dicho á nadie? No: no podía exigir eso.

Entonces el pobre desterrado se puso á echar de menos amargamente á Francia: la nostalgia se apoderó de él. Melancólico y silencioso, sentábase al abrigo de alguna roca y miraba largamente la mar infinita como si hubiese esperado un buque amigo para embarcarse y regresar á la patria amada. Muy á menudo se humedecían sus ojos y corrían gruesas lágrimas por sus mejillas.

Felizmente, hubo un hombre que adivinó su dolor y supo prodigarle consuelos que endulzaron la amargura del destierro. Ese hombre era Guillermo Roqueron, el ayudante y secretario de M. Lamberto de Champsac.

Último vástago de una vieja y noble familia del Quercy, Lamberto de Champsac había pasado, también él, por las rudas pruebas de la adversidad. Habíase expatriado durante la revolución, y después de una serie de desgraciados acaecimientos en Alemania, Austria y Rusia, se acercó á la frontera francesa. Allí supo la muerte de su padre, condenado á perecer en el patíbulo por haber intrigado con los emigrados. Vivió entonces algún tiempo cerca de los Príncipes y comprendió cuán vana y fútil era aquella nobleza francesa, que con hacer alarde de los más caballerescos sentimientos disimulaba mal su egoísmo y su desprecio de la humanidad.

Pasaba el reino del privilegio y le reemplazaba el del estudio y la ciencia. ¿Qué camino escoger en medio del conflicto de ideas que se entrecrocaban y trastornaban entonces el mundo? Lamberto de Champsac vacilaba, cuando trabó conocimiento con Adalberto de Chamisso de Boncourt, emigrado como él, y que más adelante debía adquirir un nombre ilustre en la literatura alemana. Aunque Chamisso tuviera algunos años menos que Champsac, su instrucción era más extensa, más sólida. Los dos jóvenes estudiaron juntos y se aconsejaron mutuamente. Lamberto de Champsac se dedicó á la historia natural é hizo progresos rápidos. Escribió memorias que atrajeron hacia él la atención del mundo sabio y contribuyeron á abrirle las puertas de la patria. Vuelto á Francia, supo crearse un puesto distinguido entre los hombres más notables de la época, y poco después era uno de los discípulos, uno de los admiradores más fervientes de Lamarek, y su ayudante en la custodia de las colecciones del Museo.

Cuando hubo desaparecido el Imperio bajo los repetidos golpes de la coalición, Lamberto de Champsac acogió con entusiasmo la Restauración. Sus convicciones y su cualidad de antiguo emigrado le designaron para desempeñar elevadas funciones en la Universidad, mejor que no sus méritos reales é indiscutibles. Pero los consejos y el ejemplo de Chamisso, embarcado hacía poco en el *Rourick* para una expedición de des-

cubrimientos que duró hasta 1818 y alcanzó una notoriedad brillantísima, abrieron ante él nuevos horizontes y le demostraron que la ciencia no está toda ella en los libros.

En aquel momento, el gobierno monárquico trataba de reconquistar por la vía diplomática la plena posesión de la Guayana, devuelta á Francia por el tratado de París, pero detentada aún por los portugueses. Lamberto de Champsac solicitó el favor de trasladarse á la Guayana con carácter oficial para activar la acción diplomática, y sobre todo para estudiar la fauna, la flora y, en fin, todos los recursos naturales de aquel país. Fué aceptada su proposición, y partió como *enviado extraordinario*, denominación sonora que satisfacía su vanidad de realista y le permitía fácil acceso cerca de las autoridades de los diversos países en que se veía obligado á permanecer.

Sea que quisiera visitar las comarcas no hacía mucho recorridas por Humboldt, sea que se viese obligado á recalar en Venezuela, porque en aquel tiempo había que valerse de buques españoles ó ingleses para abordar ciertas partes de la América Meridional, no mostrando la marina francesa su pabellón sino á raros intervalos en aquellos lejanos parajes, Lamberto de Champsac aprovechaba la excelente acogida que le valía un título oficial para estudiar la región colombiana y sorprender algunos de los secretos de la naturaleza tropical.

Era perfectamente el hombre que convenía para empresa tan grandiosa y tan útil. Todo lo que se mostraba retrógado en política (no comprendiendo, sin duda, gran cosa en ella, como la mayor parte de los sabios y de los eruditos) encontraba en él la ciencia un adepto convencido, audaz, progresista. Partidario declarado de las teorías de Lamarek y de Geoffroy Saint Hilaire, que sin echárselas de innovadores se libertaban de las rutinas del pasado, admitía la evolución de los seres como un hecho lógico, indudable, y por la audacia de sus concepciones se colocaba en el primer lugar de los precursores de Darwin, el más ilustre de los naturalistas modernos.

Así, Guillermo Roqueron le decía á veces chaneándose:

—Señor marqués, sois un verdadero revolucionario, y muchos jacobinos no eran tan *avanzados* como vos.

—Es posible, pero eso solamente en ciencia,—replícaba Lamberto de Champsac.

Guillermo Roqueron no pretendía gran cosa al título de sabio, y se contentaba con el de secretario «del señor enviado extraordinario,» aunque fuese distinguido botánico.

Hijo de París, y por consiguiente algo socarrón, escéptico y sarcástico, no se afectaba gran cosa por los acontecimientos que agitaban entonces los dos mundos, y rodeaba sus apreciaciones personales de una triple coraza de filosofía. Pero era de su tiempo y pertenecía, en cuerpo y alma, á la nueva generación; generación pronta á todas las luchas, á todos los sacrificios para el triunfo de los principios sobrevenidos durante los últimos cincuenta años del siglo XVIII.

Entre él y Lamberto de Champsac, la divergencia

de ideas y de opiniones ocasionaba á veces un cambio de palabras algo calurosas y vivas; pero las cuestiones científicas se anteponían pronto á todas las consideraciones políticas y se perdonaban siempre sus extravíos de lenguaje.

Guillermo Roqueron, modesto empleado en el Jardín de Plantas, se había enamorado bonitamente de la botánica, y como sabía mirar, observar, estudiar con inteligencia y sagacidad, había acabado por ser uno de los maestros indisputables de esta ciencia. Lamarek, Geoffroy Saint-Hilaire y Lorenzo de Jussieu, habían aconsejado á Lamberto de Champsac que se llevase á Roqueron para estudiar con provecho la flora de las regiones intertropicales y aumentar las riquezas botánicas del Museo. Champsac (conviene hacerle esta justicia) no vaciló un solo instante así que conoció la independencia de ideas de Guillermo Roqueron y su franqueza de lenguaje.

En suma, el enviado extraordinario y su secretario se mantenían en muy buenos términos, á pesar de su diferencia de edad, de situación, de educación, y cada uno de ambos acariciaba la secreta esperanza de convertir al otro á sus opiniones.

—Roqueron, —decía Lamberto de Champsac; —cuando volvamos á Europa traeré conmigo á uno de los más fieles y adictos servidores del rey.

—Señor de Champsac, —replicaba el botánico, —cuando dejemos á América, seréis uno de los más ardientes partidarios de la democracia.

Herborizando en las escarpadas pendientes de la Hilaria, Roqueron había encontrado á menudo á Santiago Maugrin y adivinado todas sus pesadumbres, todas sus aflicciones. Y como existía una completa comunión de ideas y de principios entre el antiguo convencional y él, se esforzaba en consolarle hablándole de Francia, de las luchas del pasado, de las esperanzas del porvenir. Encantado al encontrar un compatriota con quien pudiese hablar francamente, Santiago Maugrin olvidaba las vicisitudes del presente y se abandonaba sin reserva al encanto de una amistad reciente, amistad hecha enteramente de delicadeza y sentimiento, y ciertamente más segura, más desinteresada que la que se apoya en servicios prestados, porque no exige el agradecimiento, este peso que saben llevar bien muy pocas personas.

Desde entonces, el destino pareció al anciano menos penoso y amargo.

(Se continuará)

LAS GRANDES CACERIAS

LA CAZA DEL BISONTE

El bisonte, más generalmente llamado búfalo, es objeto de tan activa persecución en Norte América que puede pronosticarse desde ahora la extinción de su especie en plazo no muy lejano, y será lástima, pues ese animal es el más notable de dicha región. Su grande alzada, su prodigiosa fuerza, su costumbre de

reunirse en rebaños innumerables, el sumo valor de su carne y de su piel, hacen del búfalo un animal estimadísimo, y cuya falta se dejará sentir en la gran república.

El bisonte es el rumiante mayor de los que proceden de América, y pesa más que el reno. Caracterízase por su cabeza enorme; su frente ancha y triangular; la joroba cónica que lleva sobre los hombros; sus ojos vivos y penetrantes, aunque pequeños; sus cuernos, cortos y negros, en forma de media luna; la espesa crin que le cubre el cuello y la parte anterior del cuerpo; el poco desarrollo comparativo de su mitad trasera y la cortedad de su cola. El color es pardo oscuro, casi negro.

La carne es succulenta y sabrosísima, mejor que la de buey.

Los bisontes han tenido que ir limitando de cada vez más el área del territorio en que campan, pudiendo decirse que está comprendida hoy entre las Montañas Peñascosas, por el O., el Misisipí por el E., teniendo que internarse mucho en las praderas para dar con ellos. También los hay en Tejas, aunque pocos.

La caza del bisonte es una de las principales ocupaciones de los Pieleros, por manera que los blancos no se aventuran mucho á entregarse á este *sport*, como no sean los *tramperos*. La caza es peligrosísima, pues á veces los bisontes van en manadas de 2,000 cabezas, y ¡desgraciado entonces del que se ve envuelto! Por lo general, los indios procuran acorralar á los bisontes hacia algún despeñadero, donde les obligan á precipitarse.

Como caza extraordinaria, merece citarse la que se ve representada en nuestro grabado, y ocurrió hace pocos años sobre los rieles del *Continental-Pacific Railway* de San Luis á San Francisco á través de las praderas y de las Montañas Peñascosas.

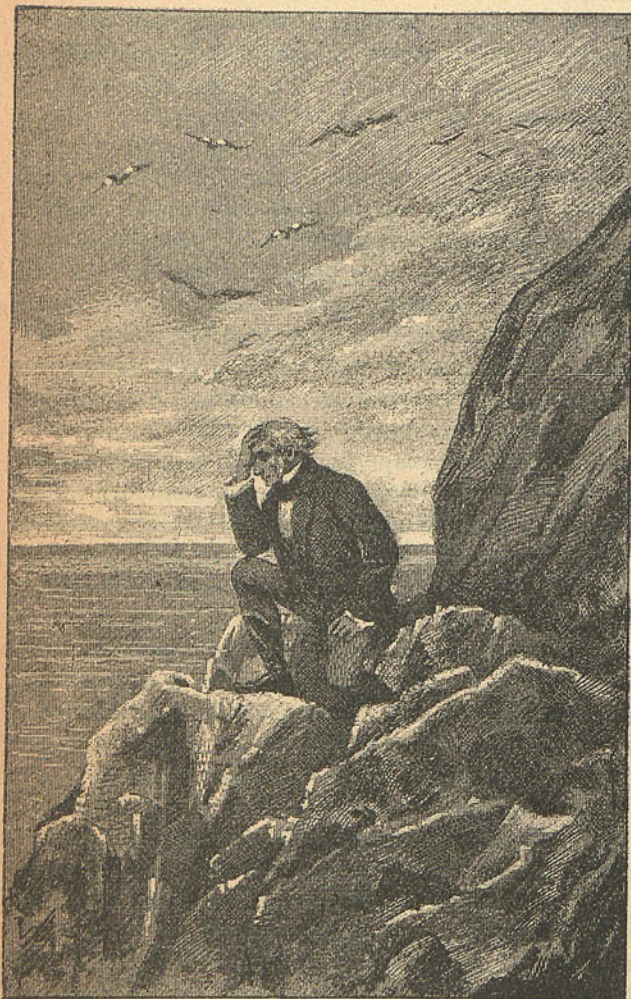
Seguía su camino el tren, cuando el conductor vió, á la vuelta de una curva, una manada de bisontes. Hizo parar en seguida y se advirtió á los viajeros lo que pasaba. Es de saber que nadie se marcha á California sin ir bien provisto de armas, y por lo mismo, entre 119 viajeros que iban en el tren, había más de 60 que llevaban sus correspondientes rifles y revólvers.

En un momento salió todo el mundo á las plataformas de los coches, á derecha é izquierda. De pronto vióse que los bisontes, en lugar de echar á correr, se precipitaban como ciegos de cólera contra la locomotora. El fogonero, al ver aquello, dejó oír el silbido de la máquina, y á aquella señal rompióse un tremendo fuego graneado, en medio de los bramidos de los búfalos y del estruendo de la desvaporación. Entonces huyeron casi todos; pero tres de ellos, locos de furor, atacaron las ruedas á cornadas, quedando presos en ellas. Cinco días después llegaba el tren á San Francisco con nueve bisontes, cuya carne fué vendida á subido precio en el mercado.

AVENTURAS DE MAR Y TIERRA

TERRIBLE SITUACIÓN

El caso horrible de encontrarse un hombre en compañía de un perro rabioso, sin medios para ponerse fuera de su alcance, es tan horrorosamente dramático que ha inspirado á hombres como Edgardo Poe y el poeta Francisco Coppée para describir ora la dra-



GUERRA Á MUERTE.—Santiago Maugrin

mática situación de las *Aventuras de Arturo Gordon Pym* (el encierro de un marinero en un tenebroso pañol, juntamente con un perro rabioso), ora el tiernísimo poemita en que el viejo marino bretón cuenta cómo, con lágrimas en los ojos, tuvo que dar muerte al perro, su compañero fiel, que se había salvado con él, ó, mejor dicho, le había á él salvado, en un naufragio, así que en alta mar se le declaró la hidrofobia, á causa de la sed que no podían satisfacer ni el perro ni su amo, metidos en un bote.

La situación representada en nuestro grabado tiene la ventaja, ó, si se quiere, la desgracia de ser auténtica, habiendo ocurrido en las cercanías de Newport (Estados Unidos). Habíase organizado una partida de caza para darles un susto á los ánades silvestres que tanto abundan en aquel lago. Un cazador se había

embarcado en un esquife con su perro, llamado Fox, cuando al poco rato hubo de observar en su compañero ciertos signos que le alarmaron en seguida.

No pasó mucho tiempo sin que se hiciera patente la tremenda realidad. ¡El perro estaba rabioso! Apoderóse del misero el más cruel terror, pues no le cabía el recurso de arrojarle al agua á causa de no saber nadar. Por otra parte, su escopeta de dos cañones estaba descargada, y un significativo movimiento del perro hizo comprender á su dueño que no debía atreverse á cargar de nuevo, si no quería que el can se le arrojase encima acto continuo.

Así las cosas, se presentó un nuevo peligro. El débil esquife era arrastrado por una corriente y amenazaba ir á estrellarse contra unas rompientes. El perro estaba acurrucado sobre los remos. Trascurrieron algunos minutos de mortal ansiedad. Por fin, consiguió el cazador que su perro se retirara al extremo de proa; rápido como el pensamiento cargó el fusil y disparó, hiriéndole mortalmente. Un segundo disparo le dejó sin vida. Ya era tiempo. Empuñó rápidamente entonces los remos y pudo librarse del peligro de estrellarse contra las rocas.

Bien pudo decir el cazador de ánades que había nacido dos veces aquel día.

VARIEDADES

ÚLTIMA EXPEDICIÓN AL POLO

Ha llegado á San Juan de Terranova, á bordo del vapor *Kite*, y en el mismo ha continuado su viaje de regreso para los Estados Unidos, el teniente de marina Sr. Peary, su esposa y otros expedicionarios que en la primavera de 1891 salieron de dicho país con destino á las regiones boreales, principalmente á la parte N. de la Groenlandia. Todos se hallan en perfecta salud. El teniente hizo una expedición de 1,300 millas al interior de dichas regiones, regresando sin novedad el día 4 de agosto á su estación de invierno de Mc-Cormack's Bay.

La expedición ha sido un éxito completo desde el punto de vista científico, y el *Kite* trae una magnífica colección de ejemplares de la fauna y flora boreal, formando parte de los primeros cinco perros esquimales. Los únicos accidentes desgraciados de importancia parecen haber sido la desaparición del meteorólogo de la expedición, doctor Verhoeff, que no ha regresado de un viaje de dos días emprendido á los glaciares, y que debe haber caído en un precipicio, y la rotura de una pierna del teniente Peary, que hizo temer no pudiera dar término á su importante empresa.

La expedición fué equipada bajo los auspicios del *Instituto Franklin*, de Filadelfia, y se componía de siete personas, además del jefe y su valiente esposa. El mismo buque que los condujo á las costas groenlandesas es el que los ha recogido. El teniente Peary se proponía acampar en Whale Sound, á los 70° de latitud norte, construir allí sus cuarteles de invierno para en la primavera de este año hacer un largo viaje al N. en trineos, procurando ganar la latitud alcanzada

en 1882 por el sargento Brainerd, de la expedición Greeleey, 83° y 23, la más al N. á que ha llegado ser civilizado. No hubo de realizarlo, pero anduvo cerca, pues llegó á plantar la bandera de los Estados Unidos á los 82° de latitud y 34° de longitud oeste.

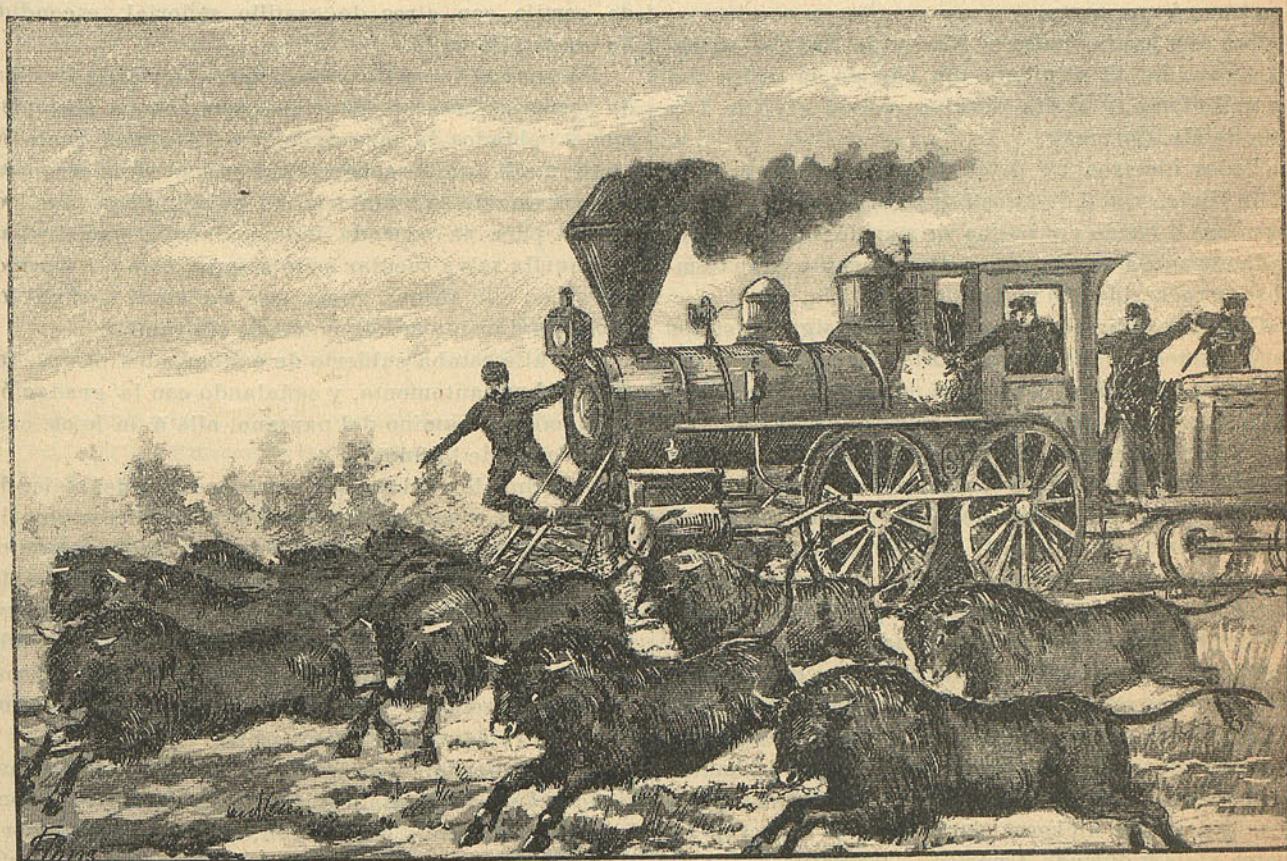
La señora de Peary ha enviado al *Herald* un largo despacho, refiriendo las peripecias de la expedición, del que tomamos lo siguiente:

«El *Kite* nos dejó en la costa S. de la bahía de McCormick el 30 de julio de 1891, y dos días después abandonamos el abrigo que nos ofrecía una pequeña tienda

rior de la bahía de McCormick, donde fuimos algunos á establecer un depósito al ventisquero de Humboldt. Esta partida se componía de Astrup, Gibson y Verhoeff, que, atacados de furiosas tempestades, tuvieron que retornar á los cuatro días.

»Astrub y Gibson volvieron otra vez el 22 de septiembre y adelantaron unas 30 millas; pero tuvieron que volver atrás, obligados por una nieve espesa y abundante.

»En una de estas excursiones se vieron expuestos á perecer ahogados, por haber sido atacado el bote por



Caza de bisontes en el ferrocarril del Pacífico

de campaña que el viento amenazaba demoler, y por la que corría el agua cual si nos halláramos en un río.

»Hízose una cama sobre una pila de cajas, se dejaron en la esquina más distante las aberturas para las puertas y las ventanas, y en ella se instaló Mr. Peary, dirigiendo desde allí la obra que tan cuidadosamente y con tanta rapidez llevaba á cabo nuestra gente.

»Diez días después, terminada ya la parte exterior de nuestra morada, y Mr. Peary en disposición de andar con muletas, se envió en botela primera caravana á las costas Hakluyt, para que visitaran á sus naturales. Al cabo de una semana regresaron con un cargamento de pájaros y un cazador esquimal con su familia, su tienda, su trineo tirado por un perro Kayuk y su menaje de caza.

»Entonces empezó la serie de nuestros viajes en bote, todos los cuales fueron muy entretenidos y alegres. El 4 de septiembre vimos la primera manada de renghiferos, y nos apoderamos de tres en la parte supe-

rior de la bahía de McCormick, donde fuimos algunos á establecer un depósito al ventisquero de Humboldt. Esta partida se componía de Astrup, Gibson y Verhoeff, que, atacados de furiosas tempestades, tuvieron que retornar á los cuatro días.

»El invierno lo pasaron bastante agradablemente, no obstante de haberse hallado con frecuencia á 30 y hasta 50 grados bajo cero.

»Recibieron varias visitas de los naturales del país, los que, muy amables y anhelosos de complacer, son muy aficionados á la carne y á las galletas; pero muy poco amantes de dulces.

»El 14 de febrero, Mr. Peary y su gente fueron á un promontorio de hielo á presenciar la salida del sol, que ya se esperaba con ansia, tras ausencia tan prolongada.

»En abril fueron á hacer mister y mistress Peary una excursión á Whale Sound ó Inglefield Gulf. Viajaban durante el día en trineos de 15 y 16 pies de largo tirados por trece hermosos perros esquimales, los que dirigía admirablemente el conductor, y descansaban por las noches, durmiendo al descampado y sobre nieve.

Hacían marchas hasta de 40 millas de una sola tirada.

»Trascurrida una semana, regresaron á Red Cliff, de donde volvió á salir Mr. Peary á principios de mayo, quedando sólo en la tienda mistress Peary y Mr. Verhoeff hasta junio, en que se reunieron todos, continuando después Astrup su viaje hacia el N.

»Mr. Peary había salido también para el ventisquero de Humboldt, y los naturales del país aseguraron á mistress Peary que él no regresaría; pero el 24 de julio la valiente expedicionaria oyó en el exterior de su tienda un ruido especial. Al preguntar —¿Quién está ahí?,—un esquimal le dijo que había llegado un buque y le entregó una carta.

»Era que había vuelto el *Kite* y le llevaba su correspondencia. Al siguiente día recibió la visita del doctor Heilprin, y el día después volvió el *Kite* á la bahía de Mr. Cormack.

»Todos hicieron un detenido reconocimiento en la isla de Hielo, y el 6 de agosto tuvo el gusto de que se presentara á bordo del buque su marido, el que había estado ausente noventa y tres días, durante cuyo tiempo había recorrido 300 millas en dicha isla.

»Cuando estábamos empaquetando,—sigue mistress Peary,—nuestros efectos en el *Kite* Mr. Verhoeff fué á un lugar próximo á hacer una incursión geológica, que sólo había de durar dos días, los cuales trascurrieron sin que el joven regresara. Peary y todos sus compañeros, excepto Matt y yo, acompañados del profesor Heilprin, de la tripulación del *Kite* y de nueve esquimales, salieron en busca de Mr. Verhoeff, y al sexto día encontraron en una roca algunos minerales colocados por él, y huellas de sus pasos, perdiéndose desde entonces todo vestigio del infortunado joven.

»El 24 de agosto salimos de la bahía de McCormick, y no nos avergonzamos de confesar que experimentamos una penosa sensación al despedirnos de nuestros huéspedes y al perder de vista aquella bahía, que acaso no volvamos á ver jamás. Al mismo tiempo nos consideramos dichosos por hallarnos otra vez en nuestra vieja y querida América.—*Josephine Diebitesh Peary.*»



Los de Santo Domingo dicen que se cree allí haber encontrado los restos de Alonso de Ojeda, que tan famoso se hizo durante la conquista. Al hacer una excavación á 1'40 metros de profundidad, se ha encontrado una lápida incompleta, en la que se lee: «A. O. 85. M.»; y debajo restos humanos en pequeños fragmentos, que han sido recogidos.

Dos individuos han conseguido leer la última palabra de la inscripción, que dice OJEDA.

De todo se ha levantado acta notarial.

El lugar del hallazgo ha sido las ruinas del antiguo templo de San Francisco, en donde, según el P. Las Casas, fué enterrado Ojeda.



PÁGINAS DEL «DIARIO DE UN CAZADOR»

...Nací con todos los instintos y emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con

pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome la manos, me hace desfallecer de gusto.

Aquel año, al final del otoño, presentóse impetuosamente el frío, y mi primo Karl de Ranville invitóme á cazar con él, á la alborada, patos magníficos en los pantanos de su posesión.

Mi primo, un buen mozo de cuarenta años, encarnado, con mucha vida en el cuerpo y muchos pelos en la cara, semibruto y semicivilizado, de alegre carácter, dotado de ese *esprit gaulois* que tan agradablemente vela las deficiencias del ingenio, vivía en una especie de cortijo con aires de castillo señorial, escondido en un amplio valle.

Coronaban las colinas de la derecha y de la izquierda hermosos bosques señoriales, con árboles antiquísimos y poblados de caza excelente. Algunas veces se abatían allí águilas soberbias, y esos pájaros errantes, que raramente se aventuran en países demasiado poblados para su azorada independencia, encontraban en aquella selva secular asilo seguro, como si reconocieran en ella alguna rama que en otros tiempos los acogiera durante sus excursiones sin rumbo.

El valle estaba cubierto de exuberantes pastos, regados abundantemente, y señalando con la gradación en el calor el camino del pantano, allá á lo lejos, casi en el fondo de la finca.

Mi primo lo cuidaba con esmero, digno del mejor de los parques, y con razón, pues era aquel pantano la mejor región de caza que he conocido. Entre aquellos innumerables islotes verdes que le daban vida había trazados arroyuelos estrechos, por los que se deslizaban las barcas, mudas sobre el agua muerta, frotando los juncos, ahuyentando á los peces y á los pájaros, que desaparecían, éstos entre las espinas, aquéllos entre las raíces de las altas yerbas.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y singularmente con un característico misterio, nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte á los juncos, por el hervor cuasi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz, pero más aterrador á veces que el estruendo de los cañones de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué será de lo que semeja los pantanos á los países del ensueño, á esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutable y peligroso?

No: otra cosa es lo que de allí se desprende; un misterio más profundo, más grave el que flota sobre aquellas brumas. ¡El misterio mismo de la Creación quizás! ¿No fué en el agua sin movimiento y fangosa,

en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los calores del sol, donde vibró y surgió á la luz del primer germen de vida?

Llegué por la noche á casa de mi primo. Hacía un frío que helaba las piedras.

Durante la comida en la vasta sala, donde los muebles y las paredes y el techo estaban cubiertos de pájaros disecados y donde hasta mi primo con aquella chaqueta de piel de foca parecía un animal exótico de los países helados, el buen Karl me dijo lo que había preparado para aquella misma noche.

Debíamos ponernos en marcha á las tres de la madrugada, con objeto de llegar, á las cuatro y media, al punto designado para la cacería. Allí nos habían construido una cabaña para abrigarnos de este viento terrible de la mañana que rasga las carnes como una sierra y la corta como una espada y la hiere como una aguja envenenada y la retuerce como unas tenazas y la quema como el fuego.

Mi primo se frotaba las manos.

—Nunca he visto una helada como ésta,—me decía.

Ya á las seis de la tarde teníamos 12 grados bajo cero.

Apenas terminada la comida, me eché en la cama, y me quedé dormido mirando las llamas que regocijaban la chimenea.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de cognac abrasador nos pusimos en camino, acompañados por un guarda y por nuestros perros *Plongeon* y *Pierrot*.

Al dar los primeros pasos, me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial hace tanto daño, que parece palpable. No lo agita soplo alguno: diríase que está inmóvil. Muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos, que caen muertos sobre el duro suelo y se endurecen en seguida por el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil, que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y estaba allí arriba, inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagada y triste, esa luz amarilla y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo. Nuestro calzado, envuelto en lana á fin de que pudiéramos andar sin resbalar por la escurridiza helada tierra, no hacía ruido ninguno y yo iba contemplando el humo blanquizco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos á la orilla del pantano y nos internamos por una de las avenidas de juncos secos que lo rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó á que me sintiese yo como nunca poseído por la singular y poderosa emoción que

hace siempre nacer en mí la proximidad de los pantanos.

Aquel en el cual nos encontrábamos estaba muerto, muerto de frío.

De pronto, al revolver una de las calles de juncos, apareció á mi vista la choza de hielo que habían levantado para ponernos al abrigo de la intemperie. Entré en ella, y como todavía faltaba más de una hora para que se despertaran las aves errantes que íbamos á perseguir, me envolví en mi manta y traté de entrar en calor.

Entonces, echado boca arriba, me puse á mirar á la luna, que, vista á través de las paredes vagamente transparentes de aquella vivienda polar, aparecía á mis ojos con cuatro cuernos.

Pero el frío del helado pantano, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento se metió hasta mis huesos de una manera tan terrible que me puse á toser.

—Aunque no matemos mucho hoy, no quiero que te constipes. Vamos á encender lumbre.

Y dió orden al guarda para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo, y cuando la llama rojiza empezó á jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron á fundirse suavemente y muy poco á poco, como si aquellas piedras de hielo se echaran á sudar.

Karl, que se había quedado afuera, me gritó:

—Ven á ver esto.

Yo salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante color rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros, que se estaban calentando.

Un graznido extraño, graznido errante, perdido, se oyó allí en lo alto, por encima de nuestras cabezas. El reflejo de nuestra hoguera despertaba á las aves salvajes.

No hay nada que me conmueva tanto como ese primer grito de vida que no se ve y que corre por el aire sombrío, rápido, lejano, antes de que aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. Me parece, á esa hora glacial del alba, que este grito fugitivo, escondido entre las plumas de un pajarraco, es un suspiro del alma del mundo.

—Apagad la hoguera,—decía Karl,—que ya amanece.

Y, en efecto, comenzaba á clarear, y las bandadas de patos formaban amplias manchas de color, pronto borradas en el firmamento.

Brilló un fogonazo en la oscuridad. Karl acababa de disparar su escopeta: los perros salieron á la carrera. Entonces, de minuto en minuto, unas veces él, otras yo, nos echábamos la escopeta á la cara en cuanto por encima los juncos aparecía la sombra de una tribu voladora. Y *Pierrot* y *Plongeon*, sin aliento, gozosos, entusiasmados, moribundos, nos miraban melancólicamente.

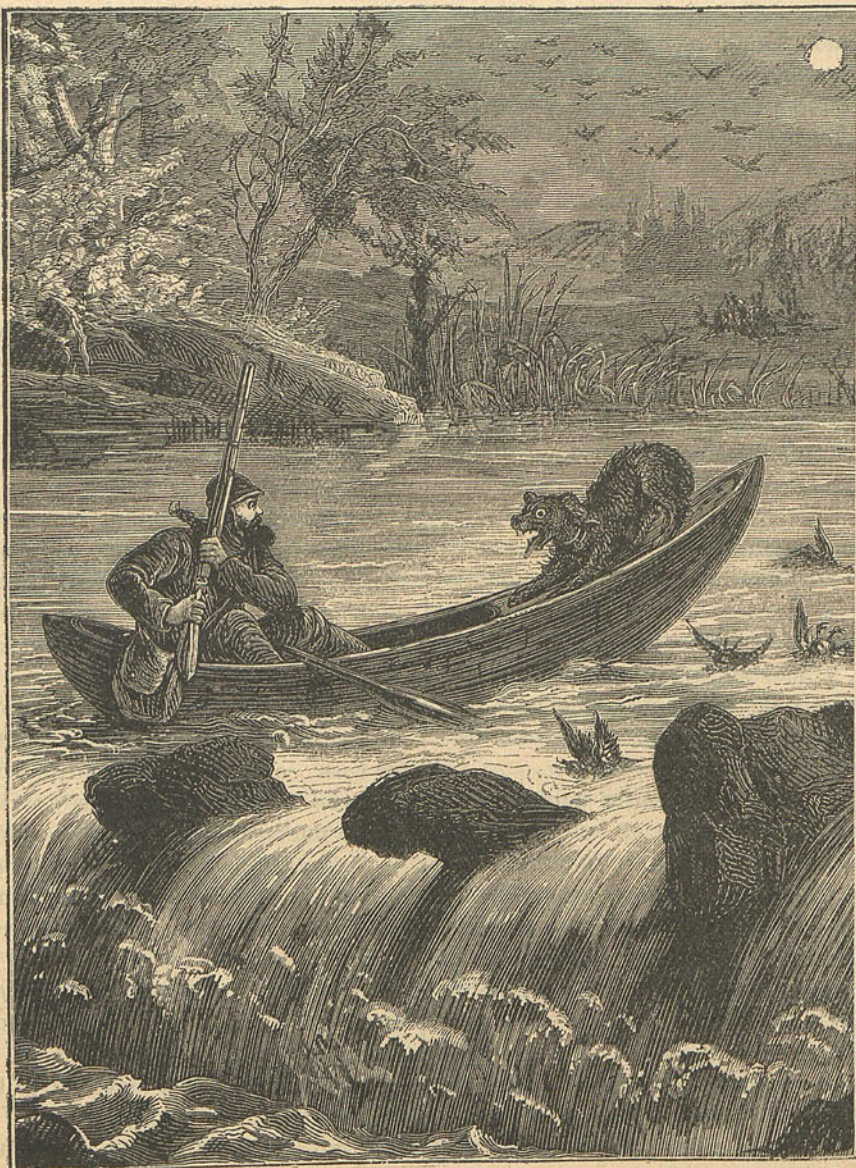
Había amanecido. Había amanecido un día claro y azul. El sol iba levantándose allá, en el fondo del valle; y ya nos disponíamos á marcharnos, cuando dos

aves, con el cuello estirado y las alas tendidas, se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas. Tire: una de ellas cayó á mis pies. Era una cerceta de pechuga plateada. Entonces se oyó un grito en el aire, grito de pájaro, que fué un quejido corto, repetido, desgarrador; y el animalito, que había salvado la vida, empezó á revolotear por encima de nuestras cabezas

de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.

De cuando en cuando huía bajo la amenaza de la escopeta, y parecía dispuesto á continuar su camino por el espacio; pero no pudiendo decidirse á ello, pronto volvía en busca de su hembra.

—Déjala en el suelo,—me dijo Karl;—verás como se acerca.



TERRIBLE SITUACIÓN.—; El perro estaba rabioso!

mirando á su compañera, que yo tenía muerta entre mis manos.

Karl, rodilla en tierra, con la escopeta á la cara, la miraba fija, esperaba á que estuviese á tiro.

—¿Has matado la hembra?—dijo.—El macho no se escapará.

Y, en efecto, no se escapaba. Sin dejar de revolotear por encima de nosotros, lloraba desconsoladamente.

No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado el alma tanto como el reproche lamentable

Y así fué. Se acercaba, inconsciente del peligro que corría, loco de amor por la que yo había matado.

Karl tiró. Aquello fué como si hubieron cortado el hilo que tenía suspendido al ave. Ví una cosa negra que caía. Oí el ruido que produce al chocar con los juncos, y *Pierrot* me la trajo en la boca.

Metí al pato, frío ya, en el mismo zurrón..., y aquel mismo día salí para París.

GUY DE MAUPASSANT